Homilía en la Santa Misa en el Monumento de los Españoles

Papa León XIV

Pronunciada en la mañana del lunes 9 de noviembre de 2026 en el Monumento a la Carta Magna y las Cuatro Regiones Argentinas (Palermo), ante una asamblea congregada de 2,5 millones de fieles en la fiesta litúrgica de la dedicación de la Basílica de San Juan de Letrán.

«Queridos hermanos y hermanas:

Con el corazón lleno de alegría celebro con ustedes esta Santa Eucaristía. «Vengan a contemplar las obras del Señor» (Sal 46,9), nos invita hoy el salmista. Mi visita hoy a esta tierra argentina me permite ver en sus rostros el entusiasmo de la fe, que es el gran don del Espíritu en nosotros. La obra más hermosa que nos encomendó el Señor es su Iglesia, visible cada vez que el pueblo de Dios se reúne alrededor de la misma mesa para darle gracias.

La fiesta de la dedicación de la Basílica Lateranense que hoy celebramos nos conduce al corazón de nuestro ser Iglesia. La Basílica de San Juan de Letrán es la sede del Obispo de Roma, el Papa, y en cuanto tal es signo de unidad y de comunión para todas las Iglesias del mundo. Precisamente por este motivo es llamada "Madre de todas las Iglesias". La maternidad de la Iglesia de Roma se expresa en el servicio de comunión, para que todos los bautizados se reconozcan hermanos y hermanas en la única casa. En la Iglesia todos somos recibidos como «miembros de la familia de Dios […] edificados sobre los apóstoles y los profetas, que son los cimientos, mientras que la piedra angular es el mismo Jesucristo. En él, todo el edificio, bien trabado, va creciendo para constituir un templo santo en el Señor» (Ef 2,19-21).

Precisamente la imagen del templo vincula entre ellas las lecturas que hemos escuchado. Al respecto, el Evangelio nos describe un gesto fuerte del Señor: con un látigo de cuerdas, Jesús echa a los vendedores fuera del templo (cf. Jn 2,15). Él quiere así devolver su verdad a la casa del Padre. Desde siempre, la humanidad es tentada de negociar con Dios. Es la lógica pagana del "dar para tener", la ilusión de poder obtener el favor de Dios ofreciéndole a cambio algo nuestro. Cristo erradica esta mentalidad: Dios es el Padre siempre dispuesto a darnos todo bien. El templo, que es morada de su presencia, vuelve de ese modo a ser casa de oración para todos sus hijos.

De esta casa, según la visión del profeta Ezequiel, sale un río por debajo del umbral hacia el oriente (cf. Ez 47,1). Es una imagen densa de significado: sus aguas sanean todo lo que encuentran, dan vida a la creación y hacen madurar toda especie de árboles, cuyos frutos no se agotan. Las aguas fluyen hacia la región de Arabá. Con este detalle, el texto bíblico indica ese territorio desértico que desciende hacia la gran depresión del Mar Muerto, donde no crece nada, como el mismo nombre lo sugiere. Sin embargo, sus aguas son saneadas: los peces son muy numerosos y todo ser vivo renace. Donde había muerte, ahora hay vida; donde había enfermedad, ahora hay salud; donde había aridez, ahora hay fecundidad.

El Salmo nos habla de una tierra que tiembla y de montes que vacilan en el fondo del mar. Estas imágenes reflejan la situación de fragilidad y de caos que con frecuencia encontramos en la experiencia humana. También nuestras familias viven a menudo situaciones complejas: la falta de estabilidad, las

dificultades sociales, el trabajo precario, la violencia doméstica, las separaciones dolorosas, las adicciones que destruyen el futuro de los jóvenes y deterioran las relaciones familiares. En medio de todos estos sufrimientos y crisis, la Palabra de Dios brilla para nosotros de esperanza: Dios está en medio nuestro, no podemos temer. «El Señor es nuestro refugio y fortaleza, una ayuda siempre pronta en los peligros» (Sal 46,2). Sobre la roca, que es Cristo, nuestras familias y toda la sociedad encuentran el fundamento que sostiene la casa, protegiéndola de las tormentas que se abaten contra ella (cf. Mt 7,24-27).

Al celebrar hoy la dedicación de la Basílica Lateranense, rememoramos el signo de la presencia salvífica de Dios Padre en su Iglesia. Templo del Espíritu y cuerpo místico de Cristo, la Iglesia ofrece el agua viva, Jesús, que sanea y cura nuestras heridas (cf. Jn 4,14). En torno al Señor, en su casa, también nuestras familias encuentran vigor y salud, y no cesan de dar fruto.

Queridos hermanos, Cristo, con su resurrección, ya nos ha hecho espacio en su corazón: ¡reciban esta gracia en sus familias! Con Él y en Él cada familia puede convertirse en semilla de auténtica renovación para este país. La historia, la cultura y la sociedad de Argentina han encontrado en la familia la fuente de la cual tomar los valores fundamentales del pueblo. En su tierra, lugar de encuentro de culturas y de etnias diferentes, la familia ha sido la realidad donde transmitir la fe, las virtudes humanas, la cultura del trabajo, el respeto a los mayores, la defensa de la vida y la fidelidad a la palabra dada.

No se resignen a las voces que repiten que la familia cristiana está superada; por el contrario, hoy más que nunca representa un pilar entre las muchas precariedades de nuestra época. Abran las puertas de sus casas a Cristo: hablen con naturalidad de Jesús a sus hijos, permanezcan unidos a Él. En la intimidad del hogar la fe se transmite junto con la vida por medio de los gestos más sencillos: la bendición antes de comer, una oración antes de ir a dormir, el perdón y la escucha mutua, los abuelos que enseñan a rezar, ir a Misa los domingos, prepararse para hacer un retiro o una peregrinación. La familia es, en efecto, el lugar privilegiado para conocer y encontrar a Cristo.

Nuestro amado Papa Francisco, que fue obispo de esta ciudad, lo expresó con pasión: «La familia está llamada a compartir la oración cotidiana, la lectura de la Palabra de Dios y la comunión eucarística para hacer crecer el amor y convertirse cada vez más en templo donde habita el Espíritu» (Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 29).

Queridas familias, ¡las exhorto a ser protagonistas en la evangelización! La Iglesia argentina las necesita. Sostengan en su misión a los obispos, a los párrocos, a los agentes pastoral, a los catequistas. La vitalidad de esta Iglesia recupera entusiasmo cuando las familias, animadas por la fe, rezan unidas y viven su ministerio de anuncio de la Buena Noticia. Sus familias experimentan así una renovada fecundidad, viviendo la propia misión educativa «como un verdadero ministerio, por medio del cual se transmite e irradia el Evangelio, hasta el punto de que la misma vida de familia se hace itinerario de fe y, en cierto modo, iniciación cristiana y escuela de los seguidores de Cristo» (S. Juan Pablo II, Exhort. ap. *Familiaris consortio*, 39).

A la Virgen María, Nuestra Señora de Luján, y a su esposo san José encomendamos todas nuestras familias. Precisamente en la Sagrada Familia de Nazaret el Hijo de Dios encontró una casa en el mundo; que Él nos bendiga, para que también nuestras casas sean templo de su presencia.»